

BARCELONA ROMÁNTICA Y REVOLUCIONARIA

Una imagen literaria de la ciudad
(1833-1843)

Celia Romea Castro



Segunda
edición

UBe

Filología UB

ÍNDICE

La imatge dels barcelonins, <i>por Lluís Permanyer</i>	13
Barcelona: notas de rescate a su imagen, <i>por Lluís Izquierdo</i>	15
<i>Prolegómenos</i>	19
CAPÍTULO I. El Romanticismo en Cataluña y en Barcelona.....	33
Introducción	35
Cronología de los hechos históricos y su reflejo en la literatura.	41
CAPÍTULO II. Barcelona, centro político de Cataluña.....	51
Introducción	53
La amnistía de 1832-1833. Expectativa ante la nueva situación política.	54
El Estatuto Real de 1834. Los voluntarios de Isabel II.....	62
Año 1835. El comienzo de las Bullangues.....	66
La primera bullanga (25 de julio de 1835).....	70
La segunda bullanga (5 de agosto de 1835).....	82
Año 1836. las Bullangues continúan.....	93
La tercera bullanga (4 de enero de 1836).....	93
La cuarta bullanga (5 de enero de 1836).....	97
La quinta bullanga (14 de agosto de 1836).....	99
Año 1837. Finalizan las primeras bullangas	103
La sexta bullanga (13 de enero de 1837).....	103
La séptima bullanga (4 de mayo de 1837)	105
El dominio moderado de 1837 a 1839. El capitán general barón de Meer	114
Los años de las Grans Bullangues (1840-1843) o de las nuevas revueltas populares	118
1840. La Regencia en Barcelona. El triunfo de Espartero	118
La Junta de Vigilancia del año 1841	136
El bombardeo de Espartero a la ciudad en 1842	139
El nacimiento del partido republicano	143

1843. El pronunciamiento de Barcelona. La Jamancia.	
El final del periodo progresista	160
 CAPÍTULO III. Sociedad	179
Generalidades	181
La burguesía.....	187
Descripción y costumbres.....	187
La adscripción política de la burguesía barcelonesa.....	190
El matrimonio	198
El hábitat.....	202
La forma de vestir	205
Las diversiones	207
El proletariado	215
Formas de vida	215
Conflictos sociales.....	223
El vestuario.....	229
Las diversiones	233
Las migraciones	238
La época de las bullangas dentro de la ciudad	249
Milicia Nacional	250
La sanidad	252
La burocracia	253
La navegación	254
Las casas de huéspedes	255
 CAPÍTULO IV. Topografía de la ciudad.....	257
Introducción	259
El circuito amurallado	260
Los fuertes militares de la ciudad	270
El interior de la ciudad anterior al Pla Cerdà	284
Lugares emblemáticos	289
El Pla de Palau	290
Plaza de Sant Jaume	294
Los espacios de encuentro cívico	296
La Muralla de Mar	296
La Muralla de Terra	299
La Rambla	299
La calle de los Escudellers	310

La calle Ample	311
La calle de Fernando VII	312
La calle de Montcada	313
L'Esplanada	313
El Jardí del General	314
La quema de conventos y la desamortización	316
Extramuros.....	317
La Barceloneta	317
La plaza de toros El Torín.....	318
El Cementiri Vell	319
Nostra Senyora del Coll	321
<i>Conclusiones</i>	323
<i>Cronología</i>	331
<i>Bibliografía</i>	345

LA IMATGE DELS BARCELONINS

Aquesta és una època barcelonina per la qual em confesso particularment fascinat, ja que unes determinades condicions sociològiques van ser prou potents per fer irresistible la transformació radical i avantguardista de la ciutat. I aquest món l'he trobat reflectit amb claredat i amb vitalitat a les pàgines de la investigació de Celia Romea Castro; vull dir que m'han permès de sentir el batec autèntic d'un decenni revolucionari.

La densitat aberrant, la construcció de carrers i places al bell mig de l'espai públic, les condicions infrahumanes de vida, un ambient de treball digne d'un esclavatge il·lustrat, una tal manca de territori per a l'esbarjo que obligava a somniar les fontades, tot això i molt més havia creat una situació que esclatava cíclicament. Les bullangues cal veure-les, doncs, també sota el prisma d'aquesta realitat. És per aquesta raó que la unanimitat en favor de la construcció immediata de l'Eixample seria absoluta, sense ni una sola esquerda; a més, Cerdà sabia molt bé quina mena de barri nou havia de projectar, ja que s'havia aplicat a estudiar científicament com sobremorien els barcelonins.

La investigació literària en reflecteix l'ambient i l'atmosfera, que ha estat ben enriquida pel doll d'informació topogràfica que aporta l'autora.

La imatge d'aquella Barcelona sempre ben disposada a esclatar, de la qual fins i tot es féu ressò amb passió Cabet, com també Marx i Engels, és la que gràcies a aquest treball minuciós he vist reconstruïda amb fidelitat, rigor i sensibilitat. Tot plegat m'ha permès de retrobar el pols i l'ànima i el tarannà d'aquells barcelonins.

LLUÍS PERMANYER

BARCELONA: NOTAS DE RESCATE A SU IMAGEN

La relación de las ciudades con su entorno, lo que suponen como lugar adonde acuden gentes diversas y, por tanto, su averiguación misma como organismo en proceso constante —gestación, auge, crisis y recuperación—, significa una realidad tangible y a la vez inestable. La permanencia sin garantías y el cambio con ilusiones son las dos instancias entre las que su protagonismo o mera presencia oscilan. No es otro el debate que el espacio urbano provoca y que su realidad plantea. La ciudad arriesga su suerte, tensa en el tablero enfrentado de sus expectativas y fidelidades recíprocas y a menudo inconciliables. Parecería que lucha entre la identidad incuestionable (ser como antes, seguir como siempre) y la deuda a su respecto, y a una imagen nueva y la apuesta por un futuro solo previsible, esperanzador tal vez pero precario. Las ciudades pueden cambiar, y de hecho no hacen otra cosa; con todo, la inercia —paralela o enfrentada al movimiento de avance que procuran imprimirle sus representantes mejores— podría abocarlas a la desaparición.

Como organismos vivos que son, las ciudades sufren y gozan de transformaciones; progresan o retroceden. Su carácter y su definición —compás de adivinaciones— se produce en Europa con un relieve peculiar, casi emblemático. Desde la Italia renacentista a la Europa de fines del siglo xix, la historia del Viejo Continente parece inconcebible sin esas referencias en las que cuajan, al fin y al cabo, la convivencia y las razones de su sentido.

A la conformación material patente del fenómeno urbano hay que sumar las letras que lo celebran, registran, critican o describen. Y tal vez esos edificios de papel sobre las transformaciones urbanas sufridas lleguen a prevalecer más que las estructuras y avenidas, individuos y gentes, empeños y frustraciones visualmente comprobables. Una ciudad sin papeles a su respecto es imposible. Y de esto, con verificaciones concretas y comentarios a propósito de algunos de sus protagonistas y de conflictos históricos y literarios, trata el estudio de Celia Romea Castro.

En el libro *The Making of Urban Europe, 1000-1994* (trad. italiana: *La città europea dal Medioevo a oggi*, Roma-Bari: Laterza, 1987), sus autores P. M. Hohenberg y L. H. Lees encabezan la investigación con esta cita de Heródoto:

Referiré la historia tanto de las grandes como de las pequeñas ciudades que encontraré. La mayor parte de las que en su tiempo fueron grandes son hoy pequeñas; y las que han llegado a ser grandes en el curso de mi vida, fueron un tiempo pequeñas.

Barcelona pertenece al privilegiado número de ciudades europeas que han podido y sabido mantener un perfil relevante por la acción y energía de sus habitantes, de su historia misma y de la Cataluña que la sustenta. Sin ser capital de Estado, lo ha sido y lo es de una realidad equivalente. Y si su poder y privilegios no son comparables, sí lo son su energía y el despliegue de su cultura. Fue en un tiempo pequeña, por cierto, y, entre otras razones, por las murallas que la reducían a un espacio angosto del que solo mediado el siglo xix empezó a vislumbrar la liberación. No es por otra parte comparable a metrópolis como Nueva York, São Paulo o Londres, París y Roma. Pero su representatividad y la referencia cabal que supone como capital del territorio circundante y aun de tantos otros que en ella han dado con su razón de vivir le confieren un relieve inequívoco e inconfundible en la ribereña Europa mediterránea.

La oportunidad de las páginas que ofrece al lector Celia Romea no podía ocurrir en mejor momento. Interesada por el fenómeno que la imagen de Barcelona supone por su reflejo o refracción manifestos en la literatura, ha procedido a la exploración de uno de sus periodos históricos más apasionantes, la década de 1833 a 1843. Los textos que comenta y las aportaciones documentales y reflexivas que ofrece —textos y datos en cuya interacción radican el interés y la virtualidad de sus líneas— suponen una contribución precisa y acendrada en el conocimiento de la ciudad.

La historia de Barcelona se inscribe en la vorágine del segundo tercio del siglo xix, y estas páginas ofrecen una incursión interpretativa a su respecto, mediante el recorrido por lugares y episodios varios y las referencias literarias más significativas. Actúan lo popular y la burguesía emergente, presionan viejas y encallecidas estructuras. Constreñida por las murallas, la ciudad que de aquí se pronuncia solo es comparable a un hervidero que inevitablemente ha de estallar. Así lo comentó Larra:

¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado

tolerado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad, acometida en masa, en masa se defiende?

El discurso inflamado de Larra viene promovido, pocas líneas antes de la cita, por los asesinatos cometidos —según lo que se averiguó era solo un rumor— en el santuario de Hort, cerca de Sant Llorenç de Morunys. Larra comenta que:

Hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron y yo también me afligí. ¡Vaya! Pero no precisamente en cuanto a liberal, sino en cuanto a hombre.*

La lucidez de Larra capta lo que tales desafueros suponen como síntoma de una situación insostenible; y así, llega a pronunciar su radical veredicto: «Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo».

La atmósfera enrarecida de manera progresiva e inevitable en la ciudad llevó a que grupos enfurecidos asaltaran la Ciudadela y asesinaran a todos los prisioneros que pudieron encontrar. Se trataba de una cadena funesta. Escritas las líneas de Larra en abril de 1836, ya en julio de 1835 había ocurrido una quema de conventos y el 5 de agosto del mismo año disturbios gravísimos como la muerte del general Bassa y la represión subsiguiente.

Estos acontecimientos obedecían a las extremas condiciones de precariedad en que vivían los ciudadanos y que procuran expresar cuanto mejor saben autores como Pere Mata, Ferran Patxot, Antoni Ribot i Fontseré y otros. En las páginas del estudio que tiene el lector en sus manos se ofrece el panorama contrastado de una década que por lo demás enmarcan límites tan cruentos como los de 1835 y el bombardeo de la ciudad por Espartero en diciembre de 1842.

Las desigualdades y abusos desde el poder, y la tibieza de este en periodos de mera ilusión liberal —aparte de las propiedades y prepotencia incuestionadas de muchas órdenes religiosas—, mantenían la ciudad en un constante enervamiento.

Este escenario a punto siempre de estallar venía comentado por periodistas, profesionales y escritores de los que se da cumplida cuenta y comentario. La curiosidad del lector resultará enriquecida por la combinación de los datos en torno a la topografía de Barcelona y por la interacción entre lo descriptivo y las inter-

* «Dios nos asista», *Artículos*, ed. de C. Seco Serrano. Barcelona: Planeta, Clásicos Universales, 1990.

pretaciones sesgadas literariamente a su respecto. Se produce asimismo una pormenorizada exploración de las bullangas y de su marcha paralela al acontecer: el aliento referencial de tales textos implica una de las contribuciones más significativas como imagen de la sociedad. En definitiva, emerge de los capítulos en su totalidad un panorama no solo rastreado y averiguado con entusiasmo y detalle, sino la verdadera auscultación al devenir de una franja temporal decisiva del siglo XIX.

Tiempo y lugar: Barcelona y la década 1833-1843. Oficios e iniciativas, sueños turbulentos y realizaciones progresivas no obstante las dificultades a superar —y tantas veces frustradas—, se muestran junto a calles y lugares de recreo, oficios y ocios escasos y como inimaginables en tales tiempos.

De aquellos años al presente en marcha que vivimos, el estudio de Celia Romea amplía, además, aspectos de una literatura —por ejemplo, sus observaciones en torno a *El poeta y el banquero* y a *Los misterios de Barcelona* de los respectivos y contrastados Pere Mata y Nicasio Milà de la Roca— que no se han atendido como merecen. Si bien hay aportaciones excelentes, referidas por la autora en las «Conclusiones», lo decisivo aquí es el itinerario y la implícita función de umbral a las novelas del futuro que del comentario a Mata y a Milà, y aun al teatro de Robrenyo y a piezas anónimas, se infiere. Pues la novela deviene como acumulación de lo descriptivo (el lastre del costumbrismo perdurará) y lo supera mediante la asociación de la intensidad que suponen diálogos escénicos y composiciones populares. Para la comprensión de la andadura novelística y, en su proceso, de la novela urbana, estas páginas revelan una galería retrospectiva de urgente proyección hasta nosotros. Por ello, han de interesar a todo aquel que, entre la inadvertida realidad usual urbana y la conciencia y gravedad de su significado —nuestro vivir, al fin y al cabo— reconozca, al observarla, que averigua una parte constitutiva de sí mismo.

Es el caso que Celia Romea ha sabido imprimir un ritmo ilusionado a su estudio y así, al tiempo que recupera y recuerda la difícil progresión hacia su identidad de la Barcelona decimonónica, tanto más nos acendra en el reconocimiento de la ciudad y de nosotros en ella.

LLUÍS IZQUIERDO

PROLEGÓMENOS

En política el hombre no ve más que intereses y derechos, es decir, verdades. En literatura no puede buscar por consiguiente sino verdades. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán verdades, porque la imaginación misma ¿qué es sino una verdad más hermosa?

M. J. DE LARRA, «Literatura»,
El Español, 18 de enero de 1836



Escudo de Barcelona anterior a 1996,
de Joan M. Borràs (ebrenc). Licencia CC BY-SA 2.5
vía Wikimedia Commons

Existe un goteo constante de historias que tienen como marco la ciudad de Barcelona. Escritores de todos los géneros, a lo largo de la historia literaria, se han preocupado de dibujar la ciudad y presentar a sus habitantes, y ello sin necesidad de recurrir a Cervantes, que si bien merece todos los respetos y parabienes por la categoría del autor, sin duda puede considerarse un recurso fácil. No todos, sin embargo, han tenido la fortuna de trascender a una historia de la literatura, por razones que deberían analizarse despacio. Lo que se pretende aquí es interpretar una imagen literaria de la ciudad y bucear en su historia en una época sugerente y todavía poco divulgada.

Presentamos la imagen literaria de un cronotopo urbano: el de la ciudad de Barcelona durante la década de 1833 a 1843 —época en la que tuvo lugar la revolución burguesa— en sus aspectos topográfico, histórico y social, tal y como fue recogida y plasmada por novelistas, poetas o autores teatrales que fueron testigos y relatores de los hechos que recogemos. La elección de este periodo, que podría parecer aleatoria, se debe a que son unos años decisivos en los que se establecieron las bases de lo que después ha sido el mundo moderno, desde un punto de vista ideológico, industrial y político, y durante los cuales, la ciudad de Barcelona fue el motor impulsor de los cambios del país en diversos ámbitos.

Las obras objeto de análisis nos demarcarán y ordenarán cronológicamente las andanzas e inquietudes de unos personajes ficticios, pero con unos contornos muy próximos a la realidad, que tienen lugar en la ciudad de Barcelona y en los años citados. Al multiplicar las fuentes de información, pretendemos recomponer de forma polisémica el puzle urbano barcelonés a partir de la imaginaria literaria, con el fin de ofrecer un cuadro lo más rico y preciso posible del lugar en relación con este periodo concreto.

Desde el triunfo de la Revolución de julio de 1830 en Francia, la oleada liberal era incontenible e influyó en el desarrollo de los acontecimientos a la muerte de Fernando VII. La regente María Cristina consideró que la única manera de salvaguardar la Corona para su hija Isabel II era granjeándose el apoyo de los liberales, en contra de su cuñado Carlos de Borbón. El liberalismo tenía un prestigio social creciente en ese momento, ya que a los ideólogos de la Constitución de 1812 y a los políticos de la etapa constitucional ahora se unían unos jóvenes con un ideal romántico de libertad y una burguesía dispuesta a ser hegemónica en la resolución de los problemas de Estado. Esta actitud era especialmente vívida en Cataluña, influida por unas corrientes extranjerizantes y preocupada por los muchos problemas económicos que debía resolver. Por ello, la regente tuvo muy en cuenta el peso del Principado para poder conseguir sus objetivos y Barcelona fue la pieza fundamental de este juego político. Los cambios no eran fac-

tibles sin una profunda y constante convulsión, que mantuvieron a la ciudad de Barcelona en un casi permanente estado revolucionario, e incluso con frecuencia en un estado de sitio. Hubo momentos álgidos y otros de aparente serenidad, pero de inalterable presión. En todos, no obstante, de una u otra forma se contó con la participación de todas las capas sociales.

Se partía de una época absolutista, en la que la última década se había calificado, con méritos suficientes, de «Ominosa», puesto que la persecución, el presidio, la ejecución o el destierro habían sido el pago a cualquier discrepancia o divergencia con el poder real o lo que de él deviniera. La amnistía decretada por María Cristina a finales de 1832, con Fernando VII seriamente enfermo, abrió un periodo de esperanzas y un deseo sentido por muchos de participar en la demolición de las estructuras de un Estado totalitario para conseguir otro liberal. La sensibilidad de los intelectuales y artistas de esos años fue decisiva para propiciar un cambio tan radical. Por medio de sus escritos, de conferencias y de su propio ejemplo, impulsaron y dieron forma a la nueva situación. Conformaron la opinión del ciudadano y le predispusieron a seguir por unos determinados derroteros.

El material literario elegido pretende reflejar esa realidad, compendiada en las etapas siguientes:

Los años de la primera guerra carlista (1833-1840), pero no en el frente, sino en la retaguardia, en donde si bien no se participaba en las batallas, se sufrían sus consecuencias (los hijos, novios, maridos y hermanos de barcelonesas y barceloneses estaban en la guerra), ante lo cual la ciudad de Barcelona reaccionaba para mostrar su anhelo de libertad y conseguir unos derechos democráticos. En esas coordenadas espacio-temporales, estudiaremos:

- Los años inmediatamente posteriores a la muerte de Fernando VII (1833-1834), con la promulgación del Estatuto Real, que no satisfizo a nadie.
- «Les Bullangues», que duraron veinte meses, desde el 25 de julio de 1835 hasta el 4 de mayo de 1837. Destacaron por su crudeza y por producir un repudio generalizado, independientemente de la ideología que se abanderase.
- La presencia en Cataluña durante más de dos años del capitán general barón de Meer (desde octubre de 1837 hasta diciembre de 1839), periodo que se caracterizó por la persecución, juicios y expatriación o máxima pena de intelectuales progresistas destacados.

Los años de las grandes bullangas o revueltas populares entre los años 1840 y 1843, en los que Barcelona fue un foco importante de atención nacional porque

allí se fraguaron movimientos que modificaron la situación política de España. Destacamos:

- 1840: revueltas para abolir la ley anticonstitucional de ayuntamientos e impulsar el ascenso de Espartero a la Regencia.
- 1841: elecciones municipales y creación de la Junta de Vigilancia para velar por posibles insurrecciones de los moderados, así como el intento de destrucción de la Ciutadella.
- 1842: agravamiento de la crisis económica, revuelta de noviembre y bombardeo de la ciudad por Espartero.
- 1843: movimiento juntista en pro de la dimisión de Espartero, con el intento de creación de una Junta Central; la Jamancia.

Sorprendentemente, la literatura aporta suficientes textos, muchos escritos por autores que habían participado en las refriegas, tanto progresistas como conservadores, que nos permiten rastrear esa década sin demasiadas lagunas, puesto que dejaron constancia de la mayoría de los sucesos acaecidos y que son relevantes para mantener viva la memoria histórica. Es una década marcada por unas peculiaridades históricas muy concretas y relevantes: el agotamiento de un régimen absolutista, descartado ya en otros países de Europa y caduco e irrespirable en España, y un despertar liberal y democrático deseado por la mayoría, con independencia de la ideología, progresista o conservadora; todo ello estuvo influido por un espíritu romántico imperante, en el que una de las máximas era no distanciarse de una realidad incómoda, sino zambullirse en ella, denunciarla, incidir en su transformación y plasmar los logros y los deseos por escrito.

La selección de las obras apropiadas ha sido costosa y nos ha obligado a seguir itinerarios no exentos de escollos ni riesgos. El descubrimiento de la mayoría de los autores y en especial de sus obras, comentadas en el presente trabajo, ha sido sinuoso. Las referencias iniciales provienen, con harta frecuencia, de la presencia de los nombres de poetas, novelistas, etc., en periódicos, revistas, catálogos o repertorios de la época, y por razones incluso ajenas a la literatura.

La historia de la producción literaria catalana de la época todavía está pendiente. Las existentes son parciales: se reconoce la importancia de Aribau, Piferrer, Robrenyo y poco más. La mayoría de las veces solo se señala el nombre de algunos autores, y de ellos se dice bien poco: el nombre del autor y el título de alguna obra, si bien casi nunca se citan todas las producidas. Los comentarios de las que se mencionan son poco rigurosos o inexactos respecto al referente, lo cual denota que el comentarista o crítico no la había leído o lo había hecho con poca atención.

Abundan los rasgos generales, transcritos de un manual a otro. Los autores más favorecidos son aquellos cuya personalidad estuvo adscrita al liberalismo progresista o radical de esos años. Así, podemos citar a Antoni Ribot i Fontserè, Joaquín del Castillo y, sobre todo, Pere Mata, que ha sido tradicionalmente uno de los autores menores más citado, puesto que cuenta con varios estudios monográficos y ha sido muy valorado de forma reiterada por su obra testimonial escrita, tanto por historiadores como por críticos literarios. Por el contrario, los autores con preferencia política conservadora, salvo Aribau, han quedado, en general, relegados al olvido y es difícil obtener datos adicionales a su producción literaria, aunque en la época en que escribieron y publicaron sus novelas gozaron del beneplácito del público, tuvieron varias ediciones y, hay que remarcarlo, aún hoy su lectura resulta gratificante e importante desde un punto de vista documental, por la posibilidad de contrapunto que ofrecen. Entre estos destacan Ferran Patxot, en cierta manera filocarlista o por lo menos defensor del clero, y Nicasio Milà de la Roca, ultramontano convencido pero un buen cronista de las costumbres de la época.

La falta de datos ha dificultado ostensiblemente el trabajo. Partir de cero o tener escasas referencias de un autor cuya obra intuimos interesante para el objetivo pretendido, ocasiona no poca incertidumbre. Es apreciable aquel autor o aquella producción que antes alguien, con criterio suficiente, la ha reconocido como tal; las cualidades atribuidas pueden rebatirse o discutirse, pero nos permiten contar con algo anterior que se supone una «cita de autoridad». Pero ¿cómo acoger una obra de la que no hay una sola crítica, con muy pocos ejemplares o uno solo en rotación, y darle su justo valor, sin desmerecerla por la falta de prebendas o exaltarla en desmesura si se perciben aciertos, por el entusiasmo que inyecta el comprobar que el contenido se ajusta al tema pretendido o al enfoque que se esperaba?

La mayoría de los poetas, de los novelistas, etc., que comentamos han pasado a la historia como autores marginales, puesto que en la historia de la literatura española a duras penas se les menciona y en la historia de la literatura catalana se les reconoce, a algunos, el mérito que tuvieron por ser los promotores y difusores del Romanticismo en Cataluña, pero los estudios de sus obras son exiguos. Pertenecieron a una generación de tránsito: si bien fueron sensibles al nacionalismo lingüístico, no pudieron o no supieron plasmarlo en su obra literaria e hicieron toda o la mayor parte de su producción en castellano, con lo que el patrimonio que han legado ha pasado, en gran medida, a ser tierra de nadie.

Estos autores, progresistas o conservadores, se sintieron motivados a escribir casi siempre por su espíritu militante. Sus obras estaban concebidas para defender los ideales abanderados y muestran su capacidad expresiva para mostrarlos

con belleza. La lectura y el análisis de producciones varias de distinto signo político permiten contrastar datos o añadir aquellos que no fueron contemplados por otros escritores. En este sentido, se complementan progresistas radicales que, lógicamente, estaban muy preocupados por resaltar los logros políticos propios e idealizarlos, y conservadores, que pretendían destacar aspectos costumbristas, hacer crítica social o ridiculizar el progresismo, al que caricaturizaban. Unos y otros se victimizan por hallarse insertos en el marco político que denuncian, y este sirve de telón de fondo para narrar unos hechos cotidianos, casi siempre con gran dosis de truculencia. Todos juntos nos proporcionan una imagen polifónica de esa época y en ese lugar.

Las obras literarias analizadas, aunque de significado diáfano, nos han ocasionado algunas dificultades. Veamos:

1. Los escritores se sentían, emulando a Balzac, secretarios de la historia. Las «actas» que suscribían estaban dirigidas a sus contemporáneos. Pretendían incitar a los lectores a la participación activa para modificar la realidad y alcanzar los cambios deseados. Con este propósito, sus escritos tenían carácter propagandístico e incluso, en ocasiones, rayaban el ingenuo panfleto. Esto significa que los textos estudiados contienen un marcado sectarismo acorde con la ideología de quien los hubiera elaborado: progresistas exaltados, retrógrados, filocalistas, etc. Lo que implica que la lectura de obras de una sola tendencia nos podría inducir a una interpretación errónea de la circunstancia presentada.
2. El afán apostólico de la mayoría de los autores les impulsaba a pensar en la trascendencia de sus escritos, en ese momento y no en el futuro, por lo que las obras encierran una serie de enigmas o incógnitas para el lector interesado actual, situación por otra parte muy común en la mayor parte de la literatura producida a lo largo de la historia. Hablan de aspectos relacionados con la vida cotidiana, pero faltan fechas. Algunos personajes históricos son requeridos por su apodo, pero luego no aparecen con él en los ensayos históricos. Varios lugares tienen un nombre coloquial, de moda en aquel momento, pero que luego dejaron de tenerlo. Hay inexactitud o tergiversación de datos... Se proyecta la intrahistoria unamuniana, de fácil lectura y comprensión si se ha vivido, por lo familiar de los acontecimientos que se relatan, pero es algo que resulta arduo para quien los analiza a casi doscientos años de distancia y, además, no es historiador.
3. A esto cabe añadir otra dificultad: la historia local de ese tiempo no ha sido estudiada de forma muy minuciosa. Hay estudios parciales, muy valiosos, de

algunos años, o incluso de algunos meses, pero no abarcan todo el periodo de forma detallada. Por ello, hemos tenido que recurrir a muchas memorias escritas en su día como explicación, justificación o denuncia de determinadas actuaciones. Son, en general, crónicas de urgencia que relatan los acontecimientos con apasionamiento y parcialidad.

4. También ha sido un problema el que las obras no dispongan de reediciones recientes en ningún caso, salvo una traducción de 1986, al catalán, de *El poeta y el banquero* de Pere Mata. Muchas de ellas cuentan con muy pocos ejemplares en rotación, o incluso con uno solo, en las bibliotecas públicas de Barcelona, normalmente en la Biblioteca de Catalunya, al igual que algunas obras de teatro, que solo están en el Institut del Teatre. Por suerte, en la actualidad algunas se pueden leer en versión digital liberalizada.
5. La lengua de las obras literarias elegidas ha sido otro motivo de preocupación. La mayoría de los textos de distintos géneros están escritos en castellano, los de Robrenyo son bilingües y algunas poesías están escritas en catalán. Ante esta situación, se planteaba el tradicional dilema: ¿incluimos solo las producciones en castellano, ya que es la lengua mayoritaria de los textos considerados? ¿Tenemos en cuenta los documentos bilingües?, o ¿excluimos las cuestiones formales de un código lingüístico concreto y utilizamos los textos atendiendo exclusivamente a la función pragmática que realizan? Esta última elección nos ha permitido ampliar la base documental, además de proporcionarnos una información de la época más completa y de la realidad lingüística contradictoria en que se produjo, puesto que si bien el pueblo hablaba mayoritariamente en catalán, e incluso con cierta frecuencia desconocían el castellano, al plasmar por escrito aspectos de sus vidas y de los sentimientos que les abrumaban, se invertía la situación.

Siguiendo con las cuestiones procedimentales, nos adentramos en otra. ¿Qué pretendemos con esta investigación? Han sido muchos los autores de distintos géneros, y en especial de novela, que han creado una literatura de espacios y más concretamente de espacios urbanos. Si retrocedemos en el tiempo respecto a la historia literaria, desde la antigüedad clásica se contempla la coordenada del espacio y el tiempo en la literatura, aunque siempre se ha tenido más en cuenta el aspecto histórico inserto que el toponímico. La picaresca del *xvi* y *xvii*, por citar lo próximo, ya era una tipología de novela preocupada por el espacio, en la que se presentaba un mundo múltiple y abierto, donde se iban sucediendo escenarios y personajes. En su ámbito, el pícaro es un mero instrumento para poder analizar su entorno, puesto que nunca consigue ni la gloria como héroe ni el castigo como delincuente.